

J Antonio Martínez Barriado

Cómo se creó una Bandera de Falanga



CÓMO SE CREÓ UNA BANDERA DE FALANGE

J. ANTONIO MARTÍNEZ BARRADO

CÓMO SE CREÓ
UNA BANDERA
DE FALANGE



ZARAGOZA

Tip. «La Académica» :: Audiencia, 5

1939

III AÑO TRIUNFAL

DEDICATORIA

A vosotros, camaradas de la Bandera de Calomocha, os dedico estas páginas que título: **CÓMO SE CREÓ UNA BANDERA DE FALANGE**, y la hago así porque vosotros, como yo, sabéis los desvelos, trabajos y sacrificios que nos costó hacer de la nada esta Bandera que de la Lealtad hizo un culto que rindió en todo momento y lugar a la Patria amada y al Caudillo que la encarna.

A vosotros, pues, que luchasteis con coraje y sin descanso; a vosotros, que disteis sangre y vidas por la España Eterna, os van dedicadas estas líneas que, si humildes por la pluma que las ha escrito, son grandes por el corazón que las ha dictado y que ni por un momento se ha apartado de vuestro recuerdo magnífico.

EL AUTOR.

AL LECTOR

No esperes encontrar en estas páginas, lector amigo, la elegante prosa ni el decir pulido de los que a diario pulsan y penetran los íntimos secretos de nuestro lenguaje bello y flúido. Yo, camarada lector, no pensé nunca en ser escritor y libreme Dios de que lo pueda pensar ahora que acabo de parir la obra que tienes en tus manos. Jamás había escrito otra cosa que no fueran cartas a familiares y amigos y no más allá de una docena de artículos periodísticos encaminados a combatir violentamente la desdichada política de los gobernantes que rigieron los tristes destinos de la Patria desde el 14 de abril del 31 al 18 de julio del 36. Algunos de estos artículos no vieron la luz del día; doña Anastasia, armada de su lápiz rojo, se encargó de ellos.

Hecha esta importante aclaración, te diré ahora que sólo el deseo de rendir justo tributo y homenaje a los camaradas que lucharon conmigo en los primeros meses del Glorioso Alzamiento, me han movido a escribir estas páginas y, si así lo

quieres, el deseo ardiente también de contribuir con mi modesto esfuerzo, aportando un granito de arena al grandioso monumento que, en un futuro no lejano, formará lo historia de la Falange Heroica.

Acógelas, pues, con espíritu de transigencia y benévolo corazón, única manera de que puedas dispensar el fastidio que la lectura de las mismas te pueda proporcionar.

Y si esta invocación no fuera suficiente, piensa que por primera vez escribo y que, superior a tu sufrimiento, fué el mío al intentar dar forma a lo que la realidad dió vida fecunda, alegre y disciplinada.

EL AUTOR

Agosto

Salté al camión. Sentía temor de que el Jefe de mi Falange se arrepintiese de la determinación que momentos antes había tomado.

No me preocupaba a mí el calor, ni las marchas, ni las guardias, ni las balas, ni las incomodidades a que forzosamente nos encontrábamos sometidos en aquellos primeros, magníficos e inolvidables días del Glorioso Alzamiento Nacional contra el marxismo, pero los mosquitos..., los mosquitos eran para mí una obsesión continua y constituían un serio problema en la humilde y pacífica tienda de campaña que nuestro ingenio levantó a la orilla de una extensa pradera.

Habría preferido mil veces vérmelas con los señoritos de la Esquerra que, según rumores, iban a llegar de un momento a otro, que con estos anti-páticos y rojillos chupópteros a los que no había medio de combatir. Y era una cantidad tan extraordinaria la que aparecía, a partir de las cuatro o las cinco de la tarde, que, llegada esta hora, indefectiblemente habíamos de disponernos a librar una batalla más que regular. Claro que la peor parte la llevábamos siempre nosotros.

Cuando las circunstancias así lo exigen, el cerebro trabaja y la inteligencia se agudiza notablemente. Un día creí encontrar la solución a estas molestias y conjurar la importante ofensiva desencadenada por este ejército del aire. Toda la tarde la dediqué a la búsqueda, por las casas de campo más próximas, a encontrar algunos metros de gasa, pues suponía sería una buena protección contra las molestísimas picaduras de estos mosquitos.

La encontré, y deseaba que llegase la noche para hacer el importante experimento. Llegada ésta procedí cuidadosamente a cubrir pies y brazos y, a guisa de escafandra, la cabeza.

Con verdadera satisfacción observé que los dos o tres primeros mosquitos que llegaron y cuya visita fué debidamente anunciada con el zumbido característico que produce su vuelo, marchaban convencidos de que sobre mí nada había que hacer. Me dormí encantado del estupendo resultado de mi gran invento; pero... no había pasado todavía una hora en los amorosos brazos de Morfeo, cuando la gasa se apoyó en el caballo de Arión y aprovechando ésta, para el enemigo feliz coyuntura, uno de ellos me obsequió con un horrible picotazo que me hizo despertar súbitamente. Por ello no me desanimé y procedí nuevamente a colocar la gasa en forma tal que no tocase la nariz. Me dormí. La respiración hizo que la antipática gasa volviese a establecer contacto con la pieza saliente de la cara, y en estas condiciones favorables al voraz enemigo, volví a despertar acongojado, pues esta vez

fueron varios volátiles los que tuvieron la osadía de aprovecharse de mi infantil invento, propinándome unos tremendos picotazos. Me levanté de mal humor y salí de la tienda. Eran las tres de la mañana; lié un cigarrillo y esperé el amanecer del nuevo día, pero pensé que era mil veces preferible perder la sangre en diez minutos, a perderla en varios meses dando vida a los cientos de miles de mosquitos que en todo momento zumbaban en rededor de nuestras cabezas.

Por eso salté sobre el camión con tanta presteza: el viejo camarada y Jefe me había dado dos días de permiso y en verdad que me alegraba dejar aquel terreno pantanoso, habitado solamente por anfibios y millones de mosquitos, que hacían la vida poco menos que imposible.

Sentía verdadero miedo de que pudiera haber "contraorden"; pero no, no la hubo, y el camión salió como una flecha hacia Zaragoza, a donde llegó unos momentos después.

Y aquí unos minutos de espera nada más. Porque ya recordaréis, camaradas, que en los primeros días del Glorioso Alzamiento, y aun en los primeros meses, los coches estaban muy bien educados y los chóferes eran unos buenos muchachos, lo cual fué motivo suficiente para que el primer automóvil que por mi lado pasó se detuviese y el conductor me invitase a honrar el vehículo, no con mi persona, si él no quería, pero sí con mi camisa azul y mi mosquetón.

Algunas horas después estaba en mi casa.

Aquel día fué fiesta en el pueblo. No os extrañe esto tampoco, camaradas, que por aquellas fechas eran muy pocos los que habían dejado familia, casa y hacienda para empuñar el fusil y la bomba en defensa de la Patria amenazada y muchos los que permanecían fríos o indiferentes cuando no llenos de miedo ante la gesta de nuestros hermanos: Requetés y Falangistas, que con los patriotas del Ejército honrado, afrontaron con decisión los momentos difíciles y responsables, y cuando un voluntario cualquiera llegaba a su pueblo ofreciendo el aspecto guerrero de los primeros días de lucha, todos, amigos y deudos, conocidos y desconocidos, agradecidos y enemigos, le rodeaban para hacerle mil preguntas que, unas veces eran informadas por un espíritu noble, y otras con despecho y quizá con malévolas intenciones. El guerrero contestaba a todas cuantas preguntas le hacían, y aquellas gentes quedaban suspensas y aterradas de que por el mundo sucediesen "cosas tan enormes".

El pueblo estaba verdaderamente preocupado, temeroso...: había muchos, muchísimos pesimistas que sentían un gran pánico de que los rojos pudiesen llegar de un momento a otro, y esto era motivo más que suficiente para que hasta a los mismos calvos se les pusieran los pelos de punta. Pero ni por éstas se decidían a largarse a los centros de reclutamiento a tomar las armas, forma mejor de demostrar el patriotismo que, según decían, albergaban sus corazones.

Cuántas veces he recordado que antes de la guerra me decían muchos: "Tengo unas ganas de echarme al campo...". Pero cuando la Patria dió su gran llamada, únicamente dos se "echaron" con todas las consecuencias. Y por cierto que uno de ellos era un auténtico y directo descendiente de guerreros carlistas, llamado Ignacio Aineto. Este hombre, que desde el primer día que la República se adueñó de España me decía que estaba dispuesto a tomar las armas, lo cumplió, tan pronto como la Patria se alzó contra los traidores que la oprimían.

Ni más ni menos que se hace así, camarada Aineto. En ese pueblo, un día cuna de un ilustre general carlista, llamado don Manuel Marco, tenía que haber exactamente un leal español que, como tú hiciste, tomase las armas y se echase de verdad al campo con presteza y energía y con indiscutible entusiasmo y valor se dispusiera a dar la batalla a los esbirros comunistas internacionales.

